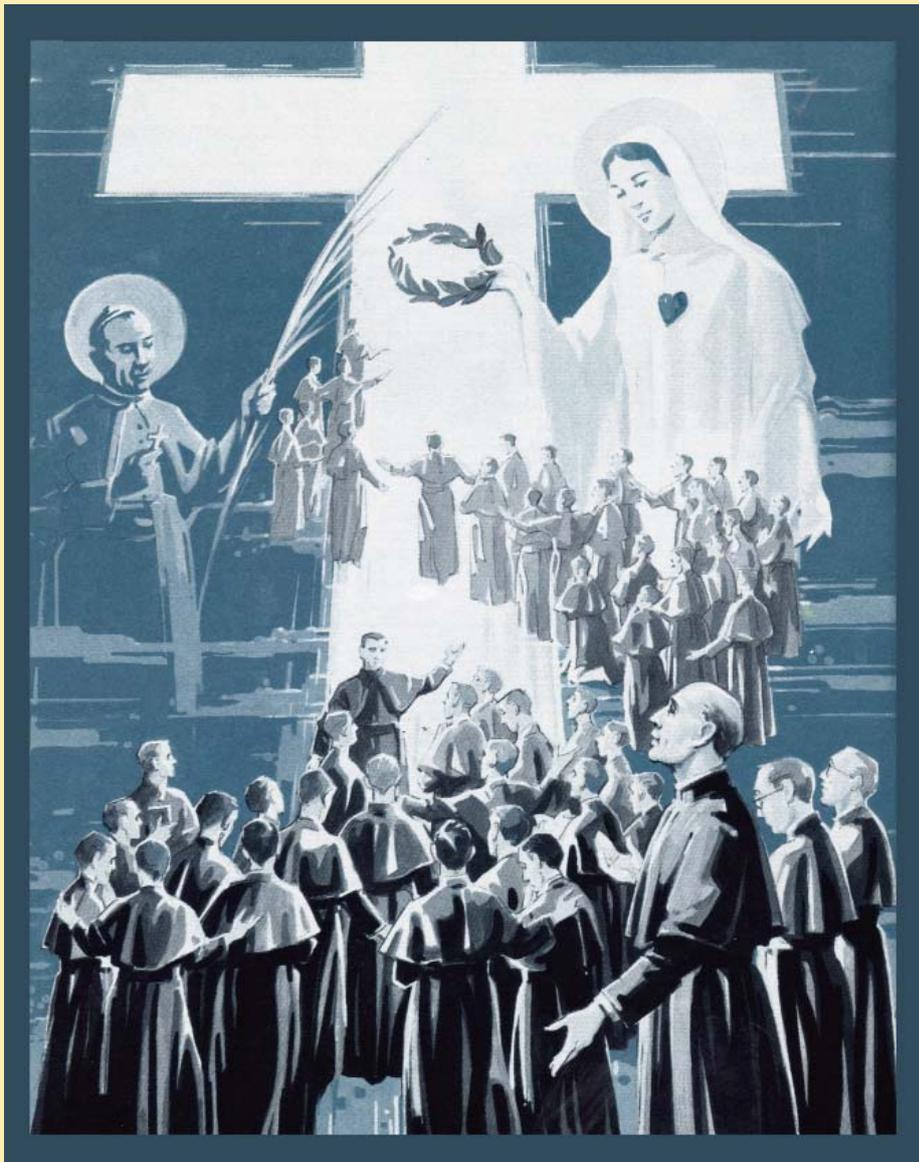


# MÁRTIRES CLARETIANOS

DE BARBASTRO

N.88 - JUNIO - 2010





Este cuadro de los Mártires de Barbastro es del mismo artista que pintó el lienzo que presidió en Roma la ceremonia de la Beatificación. Se llama Javier de Villa Libarona, natural de de Getxo (Bilbao). El lienzo mide 4`50 X 3`50 m. Explicación del pintor: Por encima de los Mártires, como fondo, sobre una cruz de luz, he representado a la Virgen María y al Padre Claret, mirando hacia abajo (a sus cincuenta y un hijos que van ascendiendo a la gloria a recibir el premio de la victoria). La Virgen con la corona del triunfo en la mano, y el Padre Claret sujetando con una mano la cruz del sacrificio y con la otra la palma del premio. De los 51 mártires ha destacado a los tres Superiores y al estudiante Faustino Pérez, de frente, animando a los demás.

## Índice

Barbastro	.....	03
Nuestros mártires		
<i>Josep M. Abella, cmf. Superior General</i>	.....	04
El Seminario-Mártir de Barbastro		
<i>Luis Ángel de las Heras, cmf.</i>	.....	06
Mártires de la fe		
<i>Antonio Bellella, cmf.</i>	.....	08
Geografía Martirial		
<i>Jorge Ayala, cmf.</i>	.....	10
Semblanzas		
<i>Jorge Ayala, cmf.</i>	.....	12
Recuerdos de Barbastro		
<i>Joan Sidera, cmf.</i>	.....	14
Visitas al Museo de los Mártires		
<i>José Beruete, cmf.</i>	.....	16
Mártires de Barbastro ¿qué falta para que los declaren santos?		
<i>Vicente Pecharromán, cmf.</i>	.....	18
Vidas llenas de amor		
<i>Pedro Belderrain, cmf.</i>	.....	20



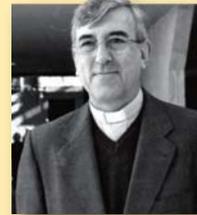
# Barbastro



Centro civil y religioso del Somontano, en el corazón de la provincia de Huesca. Los Claretianos están presentes en esta recoleta ciudad desde el 23 de septiembre de 1869. La gente los conoce con el nombre de “Los Misioneros”. Durante la mayor parte de estos 141 años, la casa de Barbastro ha sido centro de formación de postulantes, de novicios y de teólogos. Actualmente tiene encomendada la misión de custodiar los restos y los recuerdos de los 51 Mártires Claretianos, y de atender a los numerosos visitantes que acuden aquí atraídos por la gesta martirial de nuestros Mártires.

## nuestros mártires

*Josep M. Abella, cmf.  
Superior General*



**R**ecuerdo todavía con emoción las celebraciones que, en 1961, recién ingresado al seminario menor, se tuvieron en muchos pueblos en torno a la ciudad de Cervera recordando a varios claretianos que habían sido asesinados allí durante la guerra civil española. Eran “nuestros mártires” y celebrábamos el 25 aniversario de su martirio. Me impresionaron especialmente dos de aquellas celebraciones: la del hermano Ferran Saperas, en Tàrrega, y la de la comunidad del Mas Claret, en Cervera, cuya historia martirial nos narraba el buen hermano Francesc Bagarí, miembro de aquella comunidad que no fue asesinado porque “alguien tenía que quedarse a cuidar la vacas y los cerdos”, pero que fue testigo del martirio de sus hermanos. Nos emocionábamos escuchando sus palabras que nos hacían crecer en nuestros deseos de ser misioneros. Siempre me hizo pensar aquello de “nuestros” mártires, porque era un “nuestros” muy sentido por la Congregación, pero que, más allá de los miembros de la comunidad claretiana, era pronunciado también por mucha gente que participaba en aquellas celebraciones. El pueblo, y no sólo la Congregación, los sentía suyos porque eran

parte de su historia, porque a algunos de ellos los habían acogido en sus casas jugándose incluso la vida, y porque su testimonio seguía alentando su fe y su compromiso cristiano.

El próximo año 2011 vamos a celebrar el 75 aniversario del martirio de estos hermanos nuestros. El libro de visitas del Museo martirial de Barbastro está lleno de hermosos testimonios de personas que se han sentido interpeladas por su martirio o que se confían a su intercesión. La memoria de los Mártires es y seguirá siendo un precioso patrimonio que la Congregación debe cuidar. Desde el martirio del P. Crusats en la Selva del Camp y del Beato Andrés Solá en México hasta el asesinato reciente del P. Roel Gallardo en Filipinas, nuestros mártires nos invitan a dejarlo todo para servir al Reino de Dios.

Barbastro, en este sentido, sigue siendo un importante referente congregacional. El testimonio del “Seminario mártir” y los escritos que nos dejaron aquellos hermanos nuestros tienen una densidad espiritual que llega con fuerza a nuestros corazones. Encarcelados en el salón del convento de los escolapios, privados de su libertad, se

*En el 75 aniversario*

*de nuestros hermanos mártires*



sintieron paradójicamente plenamente libres para confiarse sin reservas a Dios. Se fiaron de Dios que les había llamado a ser misioneros de su Reino y, cuando no podían hacerlo de otro modo, dieron testimonio de él y lo anunciaron con la entrega absoluta de su vida. El martirio es el mayor y más convincente anuncio misionero. Fueron misioneros hasta la muerte; más todavía, fueron misioneros con su muerte.

Nuestros mártires se sintieron parte viva de la Iglesia que estaba siendo perseguida y con ella quisieron ser fieles al mandato misionero de Jesús. Rezaron por el pueblo al que esperaban poder anunciar el Evangelio. ¡Qué bellas las palabras del Beato Rafael Briega que, entendiendo que su sueño de ser misionero en China quedaba ya truncado para siempre, ofrecía su vida para que la luz del Evangelio llegara a aquel pueblo que él ya amaba tanto!

Para nosotros, misioneros claretianos, nuestros mártires son una parábola elocuente de amor a la Congregación. Todos llevamos grabadas en el corazón las palabras que escribió le Beato Faustino Pérez: "Yo gritaré con toda la fuerza de mis pulmones, y en nuestros clamores entusiastas advina tú, Congregación querida, el amor que te tenemos, pues te llevamos en nuestros recuerdos hasta estas regiones de dolor y de muerte. Morimos todos contentos sin que nadie sienta desma-

yos ni pesares; morimos todos rogando a Dios que la sangre que caiga de nuestras heridas no sea sangre vengadora, sino sangre que entrando roja y viva por tus venas, estimule tu desarrollo y expansión por todo el mundo. ¡Adiós, Congregación querida!"

"Nuestros Mártires": nuestros porque compartieron y vieron hasta la entrega de su vida la misma vocación misionera que hemos recibido quienes nos sentimos congregados por el carisma misionero de Claret; nuestros porque nos amaron inmensamente al querer que su sangre fecundara la misión que ahora nos toca llevar adelante a nosotros; nuestros porque los sabemos parte de nuestras vidas al sentirnos interpelados por ellos y confiarnos a su intercesión. Pero no sólo nuestros, sino también Mártires de nuestro pueblo y de todos los pueblos que ellos amaron con la pasión de su corazón misionero. Barbastro, Cervera, Madrid, Sigüenza, Fernán Caballero, Barcelona, Vic, Sallent, Lleida, Sabadell, Castro Urdiales, Tarragona y muchos otros lugares conservan con amor y veneración su memoria. La conmemoración del 75 aniversario de su martirio es una ocasión para recoger el mensaje que nos dejaron a través de su testimonio y procurar que se traduzca en un compromiso misionero audaz y generoso en el mundo de hoy.

# el Seminario-Mártir de Barbastro



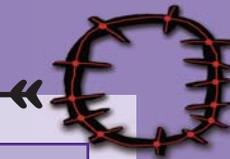
Luis Ángel de las Heras, cmf.

**C**ontemplar el Seminario-Mártir de Barbastro devuelve siempre una imagen fresca del Espíritu. Esta vez, nos fijamos en él rescatando valores de nuestros mártires para sus hermanos seminaristas del siglo XXI, hijos de su misma y querida congregación. Solo destacamos cuatro escenas de este icono tan sugerente para la formación inicial claretiana del presente: VIDA, PERDÓN, FRATERNIDAD Y EUCARISTÍA.

## VIDA

Nuestros hermanos mártires son hombres llenos de vida que, en sus últimos días, reciben la plenitud. En su conciencia martirial hay un brío más allá de su juventud humana y misionera. Con frecuencia, los recuerdos de aquel momento histórico son luctuosos y trágicos. No es así cuando evocamos, en clave de fe y vocación, a los beatos mártires claretianos de Barbastro. Aquel difícil trago les lleva a degustar abundantemente la vida nueva en Cristo. Viven intensamente, no por la presión a que son sometidos, sino por la fe que les posibilita «nacer de nuevo». ¿Cómo? Desapegándose de bienes terrenales, aspirando a los del Reino, sin despreciar nada ni a nadie, y adquiriendo la auténtica libertad.

Un seminarista claretiano hoy ha de prepararse para ser hombre de vida plena. Que soporte y supere tensiones, sutiles o atrevidos cercos de esclavitudes y seducciones de cosas percederas. Apasionado misionero del Reino y su heredad, hijo de esta congregación querida, más allá de su juventud. Capaz de apurar el cáliz de la vida, sin reservas. Y, aunque perciba susurros egocéntricos y etnocéntricos, hombre descentrado de sí, que ofrezca libremente su existencia para que otros conozcan a Cristo como la mayor riqueza, a precio, incluso, de sangre.



## **PERDÓN**

Nace del amor y la sabiduría de Dios. Nuestro Seminario-Mártir se alza libre de odio y rencor, de intereses políticos y de manipulaciones. Podríamos recordar aquellos acontecimientos y sentir rencor. Si preguntamos a nuestros mártires, ellos tienen una sola respuesta: el perdón que vence cualquier odio, el perdón de Jesús, el del Padre. En un mundo de injusticia, violencia, ira, venganza —entonces como hoy—, ellos nos muestran el amor de Dios y la sabiduría, que llevan al perdón. En el salón de los escolapios de Barbastro, nos observan sabios ojos misericordiosos. Su sangre es sangre de clemencia y nos libera de una memoria envenenada.

Querer ser misionero claretiano ahora, exige formarse para ser «hombre que arde en caridad», próspero en sabiduría y misericordia. Hombre que no sucumba ante tentaciones como la de confundir la voz violenta con la profética, o la de exaltarse por preferencias políticas. Que aprecie el estudio y la reflexión, la crítica y la autocrítica. Que se configure con el Crucificado, sabiduría de Dios. Que sea testigo del perdón y considere predilectos a los condenados por la sociedad, a los crucificados, a los «obreros» de esta época, a los enemigos... sin excluir a nadie.

## **EUCARISTÍA**

Disimulada en la cesta del pan cotidiano. Jesús, Pan de Vida, es el centro, el sentido, la inspiración para el perdón, la fortaleza de esa vida que no se apaga a golpe de fusil. ¿Dónde se alimentan nuestros mártires con manjares semejantes? En la Palabra viva. En su relación fontal con Dios, especialmente con Cristo en la Eucaristía.

Formarse para ser misionero claretiano en estos tiempos, implica llegar a ser hombre de palabra-eucarística, partida y repartida. Como la Palabra, el Pan de Vida, de quien se recibe todo lo que se da. Haciendo crecer la fe en Dios y en la humanidad. Sin perder de vista nunca la fuente que mana y corre. Llegando a celebrar verdaderos, transparentes y generosos banquetes fraternos de vida, perdón y esperanza.

Todo es GRACIA derramada en nuestros mártires, como lo fue en Claret, como lo será en quien la acepte; como ha de ser en quienes queremos seguir estas huellas tan hermosas, que no son sino las de Cristo, con cincuenta y un rastros gozosos y claretianos.

# Mártires de la fe

La página más triste de la historia reciente de España es sin duda la Guerra Civil. Las crónicas hablan de destrucción material, económica y moral, de heridas cerradas en falso, de una "España inmolada en una espantosa y terrible hoguera". Todo se sintetiza en la famosa fórmula Un millón de muertos: trágico epitafio de un relato cuyo final no podía ser feliz. Como ocurre en tantas circunstancias no es fácil encontrar explicaciones; es más sencillo señalar culpables que responsables, simplificar que entender. En este 75 aniversario del martirio de los 51 Misioneros Claretianos de Barbastro, una vez más nos preguntamos por el porqué de tanta sangre y para ello miramos al contexto. Barbastro era sólo una ciudad pequeña, deseosa de vivir en paz, y los 51 mártires claretianos eran solo hombres sencillos, embargados por un ideal divino que les llevaba a soñar una humanidad mejor. ¿Cómo fue posible tal desenlace? Puede decirse que el triste verano de 1936 fue como un colofón de tensiones que se cebó, como suele ocurrir, con la parte más vulnerable. Veámoslo brevemente.

Antonio Bellella, cmf.



El concepto genérico Guerra Civil engloba cuatro grandes conflictos que jalonan la historia de la Europa contemporánea y que en España adquirieron un carácter particular, derivando en una contienda fratricida. Entre 1936 y 1939 no se vivió una guerra sino cuatro que, al confluir, estallaron en una marea de dolor y lágrimas, de sinrazón y justificación. La primera guerra es la política: el siglo XIX, con la lenta y firme irrupción del liberalismo, no sólo trajo a Europa nuevas naciones modernas y democráticas, sino también comunismo y fascismo, izquierdas y derechas, imperialismo feroz y falacia de progreso. España, aunque segundona entre las naciones vecinas, no quedó libre de estas tensiones. Desde 1920 a 1940, el país vive diversa suerte de opciones políticas: la democracia liberal con monarquía constitucional, la dictadura en monarquía, la república, varios conatos de revolución proletaria y la dictadura fascista. En un momento dado, la tensión política se hizo insostenible y derivó en la incapacidad de entendimiento mutuo: sólo las armas hablaron.

La segunda guerra es la social. La industrialización y el surgimiento de



la clase obrera organizada son las dos caras de una realidad económica, donde la imposible convivencia de los polos opuestos de opulencia y miseria, injusticia y solidaridad, abría continuas brechas a la revolución proletaria. Dicha revolución no descartaba la lucha armada y buscaba activamente la eliminación de quienes consideraba los pilares de la sociedad caduca e injusta: los poderes político-económico, militar y religioso. En España el problema social afecta a toda la geografía nacional: en el campo se quiere acabar con el caciquismo y se reclama la reforma agraria, en las zonas urbanas más industrializadas son continuas las luchas violentas entre obreros y patronos, burgueses y proletarios. El 'ensayo revolucionario' de Asturias en 1934 fue para muchos la evidencia de que la revolución era posible: unos la temían, otros la anhelaban. Mientras tanto, las diferencias crecían y la falta de soluciones sumaba descontentos.

La tercera y la cuarta guerras adquieren un sesgo característico. Se trata de la rivalidad entre los diferentes pueblos peninsulares, o federalista, y de la guerra religiosa, o cruzada. La unificación administrativa española, puesta en marcha a partir del siglo XVIII y acentuada durante el siglo XIX, no consideraba las diferencias de tradición, lengua, fuero e ideales de los distintos pueblos de la antigua Corona Hispánica. El romanticismo, además, había generado la ilusión de la existencia de un espíritu del pueblo alambicado, in-

dependiente de cualquier circunstancia y sometido a factores externos represores. Hay que reconocer que la segunda República intentó encauzar y articular este complejo entramado, creando espacios de reconocimiento mutuo; por desgracia, no lo logró y esta tensión vino a sumarse a una larga cadena de descontentos.

La cuarta y última guerra es la religiosa; quizá la que menos se entiende hoy, pero en aquel momento fue un aspecto crucial. Si el despertar de una nueva época en el siglo XVI reclamaba una reforma de la Iglesia, a partir del siglo XVIII algunos entendieron que nunca surgiría una nueva sociedad sin el ataque directo a la Iglesia. Para conseguir este fin valían todos los medios, incluida la eliminación de representantes destacados de la fe. El siglo XIX español es tristemente célebre tanto por la implicación política de los eclesiásticos, como por las matanzas de los mismos en algunas ocasiones. Suprimir todo lo relacionado con la fe era para unos la manera mejor de hacer triunfar la nueva sociedad, para otros era simplemente la barbarie en estado puro. Pocos percibieron que tan atemporal era pretender que la sociedad fuera sólo y siempre católica, como que los católicos dejaran de serlo y de practicar libremente su fe. Todos carecían de capacidad de diálogo y respeto a las diferencias, pero ya en el siglo XX sólo los eclesiásticos estaban desarmados y, por ello, les cupo en muchos casos la peor parte.

# Geografía martirial

Jorge Ayala, cmf.



**T**odos los martirios, pero en especial los martirios colectivos, han tenido lugar dentro de un contexto religioso, social, político, etc. Ahora bien, el contexto no explica totalmente una decisión tan personal como es la aceptación del martirio. Este requiere por parte de los afectados una determinada preparación interior acerca del sentido de la vida humana y del seguimiento fiel al mensaje y a la persona de Jesucristo. El martirio es un acto sobrehumano. Si no se contase en esos momentos con la ayuda especial de Dios, todos sucumbirían ante la alternativa “morir o seguir viviendo”.

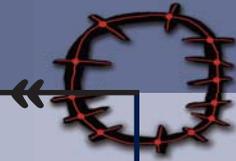
El martirio se ha dado en todas las edades: niñez, juventud, madurez y ancianidad. Los mártires no son personas excepcionales en cuanto a su origen social. Tampoco está reservado el martirio a los varones. Por el contrario, en el santoral de la Iglesia Católica abundan las Santas, muchas de las cuales son representadas portando la palma del martirio.

La mayoría de los mártires claretianos de Barbastro se hallaban

entre los veinte y los veinticinco años de edad cuando fueron martirizados. Provenían del ámbito social más extenso en España a principio del siglo XX: la vida rural. El sociólogo Pedro Codinach describe en su libro sobre los Mártires de Barbastro el origen familiar de éstos, el cual es extensible a los 270 mártires claretianos de España:

«Las familias de los jóvenes claretianos, en su gran mayoría, trabajan en el campo y viven como jornaleros, como colonos o como pequeños propietarios; hay un pequeño grupo que vive del sector de los servicios del pueblo: tendero, carnicero, ferroviario, carpintero, peón caminero, albañil, organista de la parroquia; otro pequeño grupo pertenece al estamento de los profesionales: maestro de escuela, pequeño fabricante textil. Algunos habían emigrado de muy niños con sus padres a Barcelona desde el interior y la periferia de la Península».

Por provincias, los 51 mártires de Barbastro proceden de: Lérida, 10; de Navarra, 9; de Gerona, 9; de Burgos, 6; de Barcelona, 5; de Huesca, 3; de Valencia, 3; de Zaragoza, 2; de La Rioja, 1;



de Asturias, 1; de Murcia, 1; de Tarragona, 1. En cuanto a la edad de ingreso en la Congregación, en aquel tiempo era costumbre hacerlo entre 10 y 15 años. La mayoría ingresaron entre los 11 y los 12 años».

Barbastro no fue el único Seminario-mártir de los claretianos. Hubo dos Seminarios más: uno en Cervera (Lérida) y otro en Zafra (Badajoz). Del primero fueron martirizados 15 seminaristas claretianos en los alrededores de la ciudad de Lérida. Del segundo fueron martirizados 14 seminarista en la estación de ferrocarril de Fernán Caballero (Ciudad Real). Fueron arrojados del tren y acribillados a balazos a la vista de los demás viajeros. Los testimonios que pudieron ser recogidos sobre aquellos hechos, dan fe de la grandeza humana y espiritual de aquellos jóvenes claretianos, comparable a la de sus hermanos de Barbastro.

Hay que destacar otros dos grupos de mártires claretianos, ambos en la ciudad de Cervera: los 18 que residían en la finca "Mas Claret", a las afueras de la ciudad, y los 14 que se habían refugiado en el Hospital de la ciudad por motivo de enfermedad o para pasar desapercibidos. En total, los claretianos mártires de Cervera suman 73.

Los claretianos mártires pertenecientes a otras regiones de España fueron martirizados, por lo general, en

solitario. Allí donde los descubrían, los remataban. Esta es la cifra escalofriante —o gloriosa, según se mire— del resto de claretianos mártires: Barcelona, 18; Vic (Barcelona), 13; Lérida, 9; La Selva del Campo (Tarragona), 9; Sabadell, 7; Sallent (Barcelona), 5; Tarragona, 4; Valencia-Játiva: 6; Solsona (Lérida), 2; Berga (Barcelona), 2; Jaén-Úbeda, 9; Castro Urdiales (Santander), 2; Sigüenza (Guadalajara), 5; Madrid, 15; Don Benito (Extremadura), 7; Ciudad Real, 5. A estos hay que añadir un pequeño grupo de desaparecidos, de los que no se ha sabido su paradero. Mártires anónimos para los hombres, pero no ante Dios. En total suman 270 mártires. Con razón ha sido calificada la Congregación de los Claretianos de «Congregación mártir».

Los llamamos mártires porque en la tradición de la Iglesia se considera mártir a todo aquel que ha derramado su sangre por su fe en Jesucristo, es decir, por fidelidad al Evangelio. San Agustín lo expresó con mucha claridad: «No es la pena en sí —la muerte física—, sino la causa lo que hace al mártir». No se puede exigir, por tanto, a la Iglesia que considere mártires a quienes han perdido o entregado su vida por otras causas, aunque sean muy dignas. La Iglesia se limita a su propio ámbito, que es el religioso-cristiano.

## Semblanzas

El compañerismo vivido por los seminaristas claretianos de Barbastro durante los días anteriores al martirio fue heroico. Traemos a la consideración del lector estos cuatro casos impactantes, en los que brilla la fuerza de la fraternidad.

*Jorge Ayala, cmf.*

### **ALFONSO MIQUEL.** Hermano coadjutor. Edad: 22 años.



En el Colegio de Barbastro realizaba labores de cocina. Por este motivo, los milicianos le permitieron salir –siempre acompañado– del salón–cárcel de los escolapios para que trajera los alimentos que habían quedado en la despensa del Colegio-seminario. Al verlo tan joven, los milicianos le proponen una salida:

- Vente con nosotros. Te damos armas y quedas libre...

Al regresar al salón–cárcel contó lo sucedido a sus compañeros:

- ¿Y qué les has respondido? - ¿Yo? Aquí. Con vosotros.

### **MIGUEL MASIP.** Estudiante de Teología. Edad: 22 años



Aquel apellido llama la atención de un miliciano. Se acerca para preguntarle:

- ¿Tienes una hermana monja?

- Sí, María de Cristo Rey. Marchó como Misionera a América en 1933.

¡Era cierto! El miliciano había coincidido en el mismo barco con la religiosa. Cayó enfermo durante la travesía, y fue atendido amablemente por la religiosa hasta que se restableció. Han pasado tres años, y ahora se encuentra el miliciano a la cabeza de los asesinos que llevaban a cabo las ejecuciones. Le dice a Miquel:

- Puedo sacarte de aquí. Toma este uniforme de miliciano, y te vienes conmigo al frente.

- Perdona. No he nacido para matar, sino para predicar la fe y la caridad.

### **MANUEL TORRAS.** Estudiante de Teología. Edad: 21 años



Durante uno de los recuentos diarios, un miliciano quedó sorprendido al oír este nombre: Manuel Torras. Miró al joven, y se le acercó:

- ¿De dónde eres?

- De Sant Martí Vell, un pueblo de Gerona.

- Yo también. ¿De qué familia?

- De Casa Bordes.

- Me lo imaginaba. Tú eres Manuel. Mira, si quieres marcharte, vete. ¡Pronto! Nadie sabe si sois treinta o cuarenta.

Manuel, el más joven del grupo, se quedó con todos en el salón.



### **SALVADOR PIGEM.** Estudiante de Teología. Edad: 24 años



Fue reconocido por un miliciano que hacía guardia. Un día, se le acercó para preguntarle: - ¿Te llamas Salvador Pigem?

Este quedó sorprendido: - ¿Por qué me lo preguntas?

- Porque recuerdo que, estando yo de cocinero en el Hotel del Centro de Gerona, un sobrino de los dueños venía a verlos desde su pueblo, Vilobí de Oñar, y siempre decía que quería ser sacerdote. Yo le llamaba ya "el obispo". Aquel niño era de una fisonomía igual que la tuya. Yo me llamo Víctor. ¿Te acuerdas de mí?...

Aunque habían pasado doce años, el recuerdo y las señas eran certeras:

- Pues, sí. Tienes razón. Yo soy Salvador Pigem, aquel niño de entonces.

Tras un intercambio de recuerdos mutuos, el miliciano le ofrece la libertad:

- Bien, ¿quieres que te saque de aquí, y te libro de la muerte?

Respuesta de Salvador:

- ¿Me salvas con todos mis compañeros?

- No; a ti solo. Comprende que, a todos, no puedo.

- Pues, entonces, no acepto. Prefiero morir mártir con todos.

Salvador Pigem se retiró y fue a mezclarse con los demás. Sabedores éstos de lo ocurrido, se sintieron animados y orgullosos de contar con un hermano tan leal.

*Creemos que el ofrecimiento de aquellos milicianos fue sincero. Por eso se quedaron sin entender por qué rehusaron la oportunidad que les brindaban. Evidentemente, los milicianos desconocían el contexto espiritual y humano en el que se movían los jóvenes seminaristas, y que puede ser resumido en estos tres puntos:*

**1º Libertad.** La obtención de la libertad física nunca fue una preocupación prioritaria para los seminaristas claretianos. De hecho, rehusaron todos los ofrecimientos que les hicieron con este fin, porque les ofrecían libertad a cambio de renunciar a sus valores religioso-cristianos, o de sustituirlos por una ideología contraria a sus convicciones.

**2º Verdad y justicia.** Negándose a ser libres de esa manera, ponían de manifiesto ante quienes quisieron escucharles la injusticia de que eran objeto por parte de sus perseguidores. Los seminaristas antepusieron la verdad y la justicia al deseo de libertad física.

**3º Esperanza y perdón.** Muriendo inocentes y perdonando de corazón, obligan a todos a reflexionar en la importancia de regir la vida humana por valores morales y espirituales aun en las mayores dificultades. El fin último de la vida humana no es lo útil, sino lo honesto. Esto explica por qué, mientras los seminaristas iban al suplicio cantando, los verdugos vomitaban odio y venganza contra ellos de forma irracional e inhumana.

# Recuerdos de Barbastro

Joan Sidera, cmf.



El padre Joan Sidera reside en la comunidad de Vic, y está encargado del Arxiu Pairal (Archivo solariego). Convivió con los mártires en Barbastro, Cervera y Solsona. Es el único superviviente de aquella generación martirial. Publicamos hoy un fragmento de sus Recuerdos de los Mártires: un extenso relato autobiográfico sobre los Mártires claretianos, que ha tenido la amabilidad de escribir para este Boletín.

"U n día de julio de 1927 salimos de la Celler (Gerona) cuatro niños hacia Cervera. Debí ser el 12 de Julio. Recuerdo que se celebraba la fiesta de la Virgen del Carmen, aniversario de la fundación de la Congregación. En el refectorio los prepostulantes ocupábamos una mesa en un extremo del mismo. Los postulantes nos servían. Siempre en silencio, escuchando las lecturas. Pero, el día del Carmen, como fiesta grande, se levantaba el silencio en el refectorio; y los postulantes aprovechaban la ocasión para dirigirse a sus pequeños y novatos compañeros con gran afecto.

En este día se formó un grupo alrededor de nuestra mesa. Mientras ellos hablaban de que estaban en víspera de salir para el Noviciado de Vic, algunos de nosotros les dijimos que saldríamos para el postulante de Barbastro. Siempre he recordado el nombre de uno de aquellos postulantes. Se llamaba Oliva; el cual, años más tarde, sería mártir:

perseguido y muerto en el seno de la familia, casi en brazos de su madre. No tuve nunca más trato con él, pero su nombre se conservó siempre en mí.

Una semana, más o menos, pasé en el prepostulante de Cervera. Pronto me consideraron preparado para comenzar los cursos del postulante, que debería cursar en Alagón o en Barbastro. Se nos eligió para Barbastro, que se nutría casi en exclusiva de vocaciones catalanas. El día 19 de julio de 1927, el padre José Ribé, que había sido nombrado Prefecto de postulantes de Alagón, en su viaje para tomar posesión de aquel cargo dirigió una expedición de siete niños, que se quedaron a medio camino, en Barbastro.

Al llegar a Barbastro encontré dos cursos de postulantes, los cuales habían estudiado primero y segundo curso de Humanidades. Eran 27 alumnos en el primer curso y 22 en el segundo. Del segundo curso -a punto ya de marchar a Cervera, donde se estudiaba el tercer curso-, tengo que apuntar los nombres de Ausellé, Ca-

## Recuerdos de Barbastro



sadevall, Codinachs, Falgarona, López Cots, Lladó, Masip, Novich, Ormo, Pujolrás, Riera, Roure, Sorribes y Manuel Torras. Todos (a excepción de Pujolrás) Mártires de Barbastro o de Cervera. Con ellos conviví durante unos pocos días. El día 5 de agosto partieron hacia Cervera.

Tengo un recuerdo del día mismo de nuestra llegada a Barbastro. Al no haber patio para jugar dentro del Colegio, se salía de paseo varias veces al día, coincidiendo con las horas de recreo. Salíamos de casa ordenados en temas, que, apretadas una tras otra, formaban un grupo compacto. Teníamos por norma guardar el orden, y no llamar la atención con gritos o con gestos. El día de nuestra llegada, por la tarde, ya salimos de paseo. Íbamos por la calle de Monzón. A mí me tocó formar terna con el señor - hoy Beato-, José Ormo Serós, y otro postulante, también novato. Nunca se me ha borrado la impresión que me causó el vernos los dos pipiolos con el señor Ormo, alto y robusto, en medio de nosotros. Parecía un san Cristóbal, o un robusto Ángel de la Guarda que nos amparaba con su talla y nos daba seguridad con su sonrisa y aire de protector. Siempre que he visto fotografías o grabados del Beato Ormo, si en ellas no resalta la estatura y robustez, me han parecido falsas. Pero, además, hay que verle con faz sonriente, como la de un gigante que hace de ángel de la guarda. Impresión que recibí a los nueve años, y que conservo todavía.

Durante el curso escolar 1927-1928, el número de postulantes que estudiábamos primero y segundo curso de Humanidades llegaba a 50. Ocupábamos los mismos lugares en los que vivieron, años más tarde, los Beatos Mártires.

De los condiscípulos del curso segundo, o Analogía, recuerdo a Francisco Amargant, a José María Casademont, a Luis Hortós, a José Loncán y a Francisco Solá. Los cinco perseveraron en la Congregación, y siendo estudiantes de Teología entraron a formar parte de la gloriosa legión de Estudiantes Mártires de Cervera. Compañero de curso, pero de Preparación, era José Reixach i Puig, que también entró en el número de Mártires cervarienses.

Para el curso 1928-1929 ingresó Fernando Castán Messeguer, quien, al acabar segundo curso, se convenció de la dificultad que suponía para él continuar la carrera, y por ello decidió seguir los pasos de su hermano Francisco, cuatro años mayor que él: ingresó directamente en el Noviciado para profesar como Hermano coadjutor. Eran naturales de Fonz (Huesca).

Pocos, casi nulos, son los recuerdos concretos con nombres de personas y lugares, procedentes de estos compañeros, futuros mártires. No hace falta decir que eran buenos; como que también tenían sus defectillos. Pero digo la verdad afirmando que e [redacted] te compañeros eran de los mejo [redacted]

(Continuará)

# Visitas al Museo de los Mártires.

**J**uan Pablo II manifestó en varios lugares y circunstancias, que "los mártires del siglo XX estaban despertando las conciencias adormecidas de muchos cristianos".

Esto lo comprobamos aquí al leer los testimonios escritos que nos dejan los visitantes del Museo de los Mártires Claretianos de Barbastro. En ellos expresan los sentimientos y emociones que nuestros Mártires les infunden, y que terminan en propósitos de vivir con más coherencia su fe cristiana. Es interesante comprobar que la mayoría de los escritos son para pedir la fe y la fortaleza que ellos tuvieron ante la muerte cruenta.

"Esta visita me ha ayudado un montón para reforzar mi fe cristiana, para que en el día a día no me deje llevar por la comodidad y el pasotismo"

(Ana, de Badajoz)

"Nos vamos profundamente impresionados e impactados por el mensaje de fe, perdón y reconciliación que nos dan estos mártires; y que nos animan a reavivar nuestra adormecida fe".

(Unos jóvenes de Sevilla)

Cada hoja del Libro de Visitas es un tratado de espiritualidad. Copiamos a continuación algunos testimonios:

"Es la cuarta vez que visito este Museo. Y no me importa volver más veces, porque cada vez que pienso en la fe, fortaleza y confianza en Dios que tenían estos jóvenes seminaristas, hago nuevos propósitos para vivir mejor mi vida cristiana, que por tonterías suelo perder"

(Cristina, de Zaragoza)

**Un sacerdote de Barcelona hace a los Mártires esta confesión:**

"El poco tiempo que he estado en la Cripta, donde reposa fresco y vivo vuestro espíritu, en religioso silencio, mirándoos y escuchando vuestro heroico testimonio de fe, he sentido vergüenza de mí mismo, de mis cobardías, de mi tibieza, de mis infidelidades. A partir de ahora y con vuestra ayuda quiero recuperar el amor primero y contagiarme de vuestro espíritu".

En el 75 aniversario

de nuestros hermanos mártires



"Vinimos a este Museo con muy poco interés y menos tiempo y ahora no nos iríamos de aquí, por lo impresionante que es la historia de estos Mártires. Que ellos nos ayuden a ser tan fieles a nuestra fe y nuestros ideales, como ellos".

(Universitarios de Pamplona)

**Un seglar claretiano escribía emocionado:**  
"En el Colegio que había en este lugar que ocupa hoy el Museo y en el que moraron los Mártires, viví yo dos años como Postulante. Desde entonces considero a estos Mártires, aunque indignamente, mis hermanos mayores. Cada día les pido que me ayuden a ser buen cristiano".

"Es impresionante la fuerza de fe y de perdón que se respira en este santo lugar"

(Un grupo de universitarios de Madrid)

**Un Profesor francés se despedía con esta reflexión:**  
"El testimonio de fe de estos Mártires me dice que Cristo sigue vivo y que los Mártires, en cierta manera, siguen también entre nosotros".

"Impresionante ejemplo de fe cristiana y valor humano. ¡Cuánto amor a Cristo para sufrir toda esa barbarie!...**No habéis hecho mucho bien.** Vuestro recuerdo estará en nuestra vida para siempre".  
(Un grupo de venezolanos)

**Como final, el testimonio impresionante de un misionero de vanguardia africano:**

"Al leer la carta de Faustino me corría por el pensamiento que él y el resto de sus compañeros, con esta última carta, han sido y siguen siendo más misioneros que muchos a quienes ellos envidiaron. En realidad nos han dicho que **el Evangelio no se puede predicar de verdad si no es antes testimonio de sangre**".



José Beruete, cmf.

## Mártires de Barbastro ¿qué falta para que los declaren santos?



Vicente Pecharromán, cmf.

**F**ue el 25 de octubre de 1992 cuando Felipe de Jesús Munárriz y 50 compañeros, Mártires de Barbastro, fueron proclamados Beatos de la Iglesia en Roma en una ceremonia presidida por el Santo Padre Juan Pablo II. Han pasado casi 20 años y surge espontánea la pregunta ¿qué falta para que los declaren santos? Es la ilusión, sin duda, la que empuja a desearnos otra ocasión memorable de acción de gracias a Dios y de emoción rememorando la fe valiente y generosa de aquél grupo de jóvenes, cuyos gestos y palabras tienen todavía fuerza y frescura para transmitir vida.

¿Qué falta? En respuesta breve, que hagan un milagro. Bastaría uno para todos, puesto que la Iglesia, al proclamarlos beatos en una misma causa, reconoció su martirio personal formando parte de un único testimonio grandioso ofrecido al mundo por el Seminario mártir.

Recordemos brevemente en qué consiste la diferencia entre un beato y un santo. Beato es el siervo de Dios, hombre o mujer, de quien la Iglesia ha proclamado la heroicidad de sus virtudes o martirio, permitiendo, además,

que se le pueda rendir culto en una Diócesis concreta o Institución religiosa a la que el Siervo de Dios estaba particularmente unido. Se trata de la concesión de un culto litúrgico limitado sin comprometer el juicio definitivo de la Iglesia sobre su santidad. Un santo, en cambio, es aquel a quien la Iglesia le dedica la suprema glorificación mediante un decreto, definitivo y preceptivo para toda la Iglesia, comprometiendo el Magisterio solemne del Romano Pontífice.

Mientras en la fórmula de beatificación se dice: “con Nuestra Autoridad Apostólica concedemos...”, en la fórmula de canonización se lee: “por la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo... discernimos y definimos santo al beato... y lo incluimos en el catálogo de los santos, y establecemos que deba recibir culto entre los santos en toda la Iglesia, con piadosa devoción”.

Es razonable, por tanto, desde nuestra devoción a los Mártires de Barbastro, desearles la máxima glorificación que ofrece la Iglesia. Para que eso suceda, es preciso que Dios obre un milagro por su intercesión. Es éste un requisito no siempre aceptado



pacíficamente; ¿para qué un milagro, si ya son beatos? La respuesta podría entrar en el terreno de la metodología necesaria para alcanzar la "certeza moral", porque, en opinión de la Iglesia, los milagros constituyen la divina confirmación del juicio expresado por la autoridad eclesial sobre la vida virtuosa de un siervo de Dios, amén de asegurarnos que vive en el cielo en comunión con Dios. Sin embargo, no todo es metodología. El milagro es el acompañamiento casi normal de la presencia de la santidad en el mundo, es como una llamada de un mundo lejano del que nos hace presentir su esplendor. Eliminar el milagro en las causas de canonización sería aislar los milagros de Cristo de los milagros contemporáneos para fiarse de la fragilidad de la investigación humana.

Llegados aquí, cabe preguntar: ¿y qué podemos hacer nosotros? Esa es la pregunta, pero asumiendo una equivalencia entre poder y deber. Si se exige un milagro, deberemos pedirselo a Dios. Si no se implora la ayuda divina en forma de signos divinos o de milagros, éstos no se producen. Recordemos la escena evangélica de Jesús en Nazaret: "Y no hizo allí muchos milagros a causa de su falta de fe" (Mt 13, 58).

El contexto del milagro es un contexto de plegaria. Nuestros beatos no son un trofeo conseguido para gloriarnos de ellos, sino un grito permanente que, mediante el testimonio de su vida, nos invitan a acercarnos más a

Dios hasta sentir intensamente su presencia en el cotidiano de nuestros quehaceres.

En diciembre de 2009, con ocasión del 40º aniversario de la Congregación para las Causas de los Santos, el Papa Benedicto XVI hablaba así: En el paso de la beatificación a la canonización "se suceden hechos de gran vitalidad religiosa y cultural, en los que la invocación litúrgica, la devoción popular, la imitación de las virtudes, el estudio histórico y teológico, la atención a los "signos de lo alto" se entrelazan y se enriquecen recíprocamente. (...) El testimonio de los santos resalta efectivamente y hace conocer aspectos siempre nuevos del mensaje evangélico".

Y continuaba: "en el itinerario para el reconocimiento de la santidad, emerge una riqueza espiritual y pastoral que implica a toda la comunidad cristiana".

Así, pues, mientras llega el día esperado de la canonización de nuestros Mártires, debemos tomar parte en su beatitud. La ilusión no debe confundirse con prisas exteriores, sino traducirse en mayor motivación para profundizar en el significado de su martirio y en la herencia que nos legaron.

Este es tiempo de asociarnos con ellos para dar gloria a Dios, para suscitar y fomentar nuestro amor a la Iglesia, para sentirnos testigos y enviados del Señor. Esta es la beatitud en la que podemos=debemos participar.

# Vidas llenas de amor

*Pedro Belderrain, cmf.*



No siempre lo más importante se percibe con claridad. Las cosas cuestan; incluso las de Dios. Muchos creyentes tenemos experiencia de la resistencia que ponemos a aceptar su voluntad. Con frecuencia nos cuesta hasta conocerla. Es también proverbial la tendencia del ser humano a complicar lo fácil. Benedicto XVI, con su hondura y lucidez, quiso destacarlo en su primera encíclica. Lo fundamental es el amor: *Deus Caritas est*. El cristianismo es una respuesta de amor, pero sobre todo de un amor en el que Dios siempre se adelanta. «Él nos ha amado primero y sigue amándonos primero», afirma el Papa (cf. DCE 17).

## El martirio, expresión de amor

También el martirio es un asunto de amor. Muchas personas -muchos cristianos incluso- lo asocian sobre todo con la sangre: hay martirio cuando hay sangre. La frase encierra verdad y peligro: a menudo hay sangre (incluso sangre de cristianos) y no hay martirio. Hace falta amor; mucho amor. Por un lado el amor infinito, desbordante, sin fin, del Padre que nos crea y sostiene; pero también el amor del que responde, de la criatura, del hijo o la hija a la que se concede el don -la gracia- de dar la vida por la fe. Porque el martirio -como tan bien entendieron nuestros hermanos de Barbastro- es un don. Y así lo afirma solemnemente el Concilio Vaticano II: "el martirio es el supremo don, don que se da a pocos, pero para el que conviene que todos vivan preparados" (LG 42).

En los siglos XX y XXI, tiempos de tantas preguntas, también la teología se ha preguntado cómo entender el martirio. En la reflexión han participado teólogos bien reconocidos internacionalmente. Uno de ellos, Rino Fisichella, hoy arzobispo y presidente de la Academia Pontificia para la Vida, llamaba hace años la atención sobre los cambios introducidos por Juan Pablo II al invitar a contemplar la figura de San Maximiliano Kolbe. El franciscano polaco que ofreció su vida para evitar la muerte de alguien a quien prácticamente no conocía, introducido por Pablo VI entre los confesores de la fe, fue expresamente declarado mártir por el Papa Wojtyla, en una homilía de canonización en la que se insiste mucho en la fuerza del amor. En el P. Kolbe, escribió el papa polaco, "se hace particularmente trasparente la verdad cen-



tral del Evangelio: la verdad sobre la fuerza del amor”. De un amor, dice la Constitución Lumen Gentium (n. 42), cuya “prueba suprema es el martirio”.

Hemos sido creados por amor y para el amor. Para responder dándonos con paciencia y servicialidad, sin envidia, sin orgullo (cf. 1Cor 13), sin medida, “con los mismos sentimientos de Cristo” (cf. Flp 2, 5), al que nos amó primero y a todos los seres humanos,

### Siguiendo a Jesús, el Mártir

Porque el martirio remite también sobre todo a Jesús, al Mártir por excelencia, el Amén, el gran Sí del Padre, el Testigo Fiel (cf. 2 Cor 1, 20; Ap 1, 5; 3, 14). Si todos comenzamos a configurar con Él, por don de gracia, en el Bautismo, en la vida de los mártires dicha conformación adquiere una intensidad muy, muy singular hasta el punto de que “el discípulo se hace semejante al Maestro” (LG 42). Así lo ha entendido siempre la Iglesia, que muy pronto comenzó a hablar de ‘bautismo de sangre’ para referirse a aquellos que «se asemejan a Él en el derramamiento de su sangre». Desde muy antiguo la comunidad no reza por los mártires; se encomienda a ellos, con una intuición hecha certeza en cuanto la Iglesia compromete en ello su palabra. Y los creyentes adquieren conciencia, a los pocos años de la resurrección, de que sus mártires interceden por ellos, transmiten reconciliación, atraen nuevos hermanos, protegen del mal... Los textos de Tertuliano, Orígenes, Ignacio de Antioquía o

con los que formamos una sola familia. Para –como dicen algunas versiones españolas de la Escritura al hablar del Buen Pastor– “des-vivirnos por los hermanos”. El mártir hace suyas las actitudes más profundas de Jesús el Hijo: su obediencia, su total y valiente disposición a acoger la voluntad del Padre. Así los mártires –casi siempre tras una vida llena ya de signos del Reino– aceptan la muerte por amor: por amor a Dios, por amor a los demás, por amor al Reino.

Agustín de Hipona al respecto son todo un exponente de esta convicción.

«Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos» (In 15, 13) fue el texto elegido varias veces por Juan Pablo II, buen conocedor de campos de concentración y gulags, para hablar de los mártires. Se amplía así, si cabe, una lectura reduccionista que tendría sólo por mártires a aquellos que aceptan la muerte por no renegar de su fe, por no desdecirse públicamente, por no abandonar –como nuestros hermanos de Barbastro– los signos de su condición de discípulos de Cristo, en su caso de personas especialmente consagradas. Al final, contra lo que a veces pensamos, la fe y el amor no están tan separados: unas veces el amor al Padre se percibe quizá con más claridad que el amor a los hermanos; otras es al revés. Y no pocas veces –¡vuelvan a Barbastro!– el amor a la Madre es un indicador estupendo de que los dos se viven con una intensidad muy singular. ¡Cómo no morir cantando al Corazón de María!



Santuario de Nuestra Señora de El Pueyo, patrona de la ciudad de Barbastro y su comarca. Un lugar muy frecuentado por los claretianos de Barbastro.

Museo Mártires Claretianos  
C/ Conde 422300 Barbastro (Huesca)  
Tel. 974 311 145

[barbastro@claretianos.es](mailto:barbastro@claretianos.es)  
[www.martiresdebarbastro.org](http://www.martiresdebarbastro.org)



MÁRTIRES  
CLARETIANOS  
DE BARBASTRO  
75 ANIVERSARIO